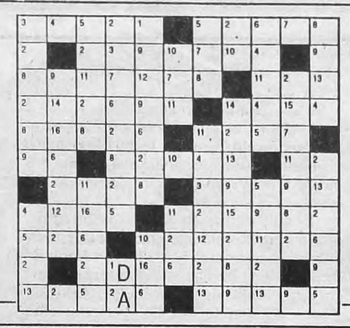
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MIERCOLES





Página/2/3

Verano/12

MATAR EN VERANO

(Por Joan Barril) Y de pronto, como cada mañana, nos miramos al espejo con esa barba de vacaciones de más de tres días y la pupila de aceituna arrugada que surge del fondo de la noche. Y mientras intentamos recomponer el gesto y sonreír al quiosquero nos sobreviene la incómoda sensación de los sobrevivientes. Sólo abrir el diario y ya las sandalias japonesas se han salpicado de sangre. El verano, a lo que se ve, es una jungla del tiempo que se ha de cruzar con prudencia de gato. Descubrimos riesgos estacionales que ni siquiera se sospechan en los fríos invernales. Aquella apacibilidad de las pantuflas, el lento crepitar de los troncos, esa vivencia casi escandinava de cada julio cuando parece que el día se jubila a las siete de la tarde, puede evocar cualquier cosa menos el peligro. En invierno la muerte es una quintaesencia del paisaje: llega suave y en silencio y, aunque maldecida, se entiende en el fondo como una consunción de la naturaleza.

En verano es distinto. Hay muertes de verano que no estaban previstas en las estadísticas y que, sin embargo, están ahí embadurnando páginas y noticieros, sembrando de inquietud los descampados y los vecindarios. Generalmente se trata de mujeres que un mal día de verano aparecen estranguladas, acuchilladas o mutiladas en la aparente impunidad festiva de unos meses en los que vale todo. No se trata de que la inactividad política reduzca los periódicos a meras hojas de amarillo intenso. En verano se mata más. Lo cierto es que esas mujeres mueren inmersas en un extraño daguerrotipo del llamado crimen pasional. En la historia local de la muerte inesperada aparecen jóvenes viudas, adolescentes, peluqueras en el estacionamiento, vecinas durmientes o esposas incendiadas con extraños mecanismos de explosión conectados al coche. Y ellos, los asesinos, siempre cercanos a ellas. O en cualquier caso cercanos a nosotros. Tan por encima de toda sospecha que logran despertar la perplejidad antes que la ira. Conservamos de esos criminales noveles el recuerdo de los gestos cotidianos: antes del crimen cenaban con nosotros, jugaban a cartas, bailaban en la discoteca y al día siguiente les descubríamos disfrazados de Barba Azul y frotándose una mancha de sangre invisible como lo hubiera hecho la propia lady Macbeth.

Hay una extraña costumbre en esos asesinos del verano. Durante once meses viven en la respetabilidad de la norma y ha de ser en vacaciones cuando les emerge la bestia en unos incontrolables minutos de celo imposible. Luego se asustan. Tras la primera puñalada se sorprenden de saber que eran capaces de matar a alguien. Perciben los primeros estertores de la estrangulación y, en vez de frenar el impulso, aprietan con más fuerza la tenaza. Esa es tal vez la única pasión de esos crímenes raros, la que intenta escapar del acto incompleto de matar precisamente con la muerte y remuerte del otro. Será después cuando el asesino recién graduado intentará borrar lo sucedido. Se limpiará la sangre, trozará el cadáver, lanzará al mar sus herramientas e incluso dará el pésame a los familiares de su obra. En su torpeza debutante verá llegar al inspector de turno y acabará entregándose entre sollozos. Al fin y al cabo si algún sentido tienen las pasiones culpables es el de poderlas compartir con alguien, aunque este alguien sea un policía a punto de la detención.

Los crímenes de verano no contemplan la posibilidad de la huida. Se diría que sus autores tienen los pies embarrados y que, antes de huir, han de hacer un hueco al asesino que les ha crecido dentro de sí mismos con la esperanza de que tarde o temprano llegue la lluvia y arrastre cuchillos y pasiones por las ramblas del olvido. Probablemente es ese carácter de excepcionalidad vital que la sociedad confiere al verano lo que decanta toda la animalidad que nos empapa. Muchachas recatadas que en verano se sueltan el pelo, ilustres moralistas de entretiempo amoralizados por quien sabe qué encuentro fortuito, policías que se convierten en perseguidos, objetos todos ellos de una conjura de deseos fáciles que les bombardea desde los anuncios.

EL ANFITRION

El anfitrión, la novela del escritor chileno Jorge Edwards que próximamente publicará Plaza y Janés, es la historia de Faustino Joaquín Piedrabuena, un exiliado chileno en Berlín Este. Las peripecias por las que tiene que atravesar no resultan tanto de su condición de refugiado político, sino de su encuentro fortuito con Apolinario Canales, un mefistofélico personaje que introducirá al protagonista de la novela en un mundo entre ominoso y kafkiano, donde el pasado pueda borrarse definitivamente. Lo que sigue es un extracto del libro.

Por Jorge Edwards

Mi nombre completo, para empezar, es Faustino Joaquín Piedrabuena Ramírez. Solían llamarme Tito, un sobrenombre que detesto, ahora más que nunca, y a veces me dicen Piedrabuena o Piedra, pero ya he conseguido que mis amigos me traten de Faustino a secas. Después del nombre civil, el nacimiento. Nací en Talca, a una cuadra de la plaza principal, en un caserón de tres patios, y pasé mi juventud y los años que se llaman de madurez en Santiago.

A raíz de los sucesos de setiembre del año '73, me tocó asilarme en Berlín del Este. Fue, en realidad, una decisión de mi partido, tomada entre gallos y medianoche, y yo, en mi condición de militante antiguo, razonablemente disciplinado, no tuve más remedio que acatarla (...).

Una hora más tarde bajaba yo de una camioneta, a vista y paciencia de dos carabineros armados hasta los dientes, cargaba un par de colchones, cruzaba por un jardín de pretensiones renacentistas, sintiendo que mi torpeza, mi cara congestionada, mis pasos vacilantes, me delataban a una legua de distancia, y entraba a salones que se habían transformado rápidamente en campamentos. Dejé caer los colchones un segundo antes de que las piernas se me doblaran, resoplando, y me hundí en un sillón, palpitante, con los ojos húmedos. Cuando me acuerdo, en mi exilio todavía me desplomo en ese sillón, todavía resoplo, todavía palpito. A todo esto, un italiano de la puerta me preguntaba algo, y un amigo que también se había refugiado ahí me reconocía y me abrazaba con fuerza, poniendo sus mejillas pegajosas contra las mías: "¡Viejito! ¡Faustinito! ¡Piedrita!".

Hubo que esperar el salvoconducto durante semanas y meses, en esos salones que habían sido versallescos, transformados ahora en antesalas del infierno, con sus colchones sucios, sus ceniceros repletos de colillas, sus colas para ocupar el baño, y al final de todo el recorrido, de todos los purgatorios, aterricé en Berlín. Berlín Oriental, se entiende (...).

A pesar de que ya habíamos quedado en juntarnos en ese café, Apolinario Canales insistió en esperarme en una estación del U-Bahn, junto a las puertas del último carro, a las once cuarenta y cinco en punto de la mañana del miércoles de la semana próxima.

Esa mañana, ¿hace cuántos días?, no muchos, en cualquier caso, aunque ahora parecen siglos, salí de compras, ordené un poco la casa, crucé la frontera sin dificultades, con la tramitación habitual para los que tenemos salvoconducto, viajé un trecho por la superficie y después hice conexión con el U-Bahn para llegar hasta el punto convenido (...).

"Perdone el atraso", tartamudeé, olvidando el tuteo de la conversación telefónica, y Apolinario Canales, con un gesto elegante, contestó que no tenía la menor importancia. Ya era mediodía, hora de echarse algo al buche, y él se proponía invitarme a un sitio donde se podían encontrar las mayores exquisiteces del mundo.

"Porque si ustedes vienen siempre con plata del otro lado —dijo, levemente burlón—, es difícil que hayan llegado hasta ahí. Y si no le gusta, pedimos una cosita para picar y nos vamos a otra parte."

"Cómo quiere que no me guste", murmuré, con una voz que se me había atragantado. "Allá sólo comemos a base de sauerkraut y de kartofellsalat, con alguna salchichita, alguna chuletita, algún bistequito caído a la olla..." (...).

Aquí, en cualquier caso, en esta catedral de los golosos, la sensación de abundancia, acentuada por la luz escasa y bien distribuida, era más extraña, más inquietante. Todo se repetía en pirámides, en profundos canastos y acumulaciones, en racimos. Miré para atrás y descubrí que encima de mi cabeza había una colección de mostazas de todos los tipos: amarillas, verdes, azulinas, doradas, encarnadas.

"¡Qué barbaridad!", exclamé, y seguí a mi anfitrión, que se había internado entre desfiladeros de frutos exóticos. Me invitó a sentarme frente a una mesa redonda y me ofreció un despliegue de canapés marinos, huevos de salmón, caviar ruso, arenques de diversas clases, acompañados por copitas de vodka recubiertas de una capa de hielo. Estaban ahí, dijo, nada más que para despertarnos el apetito (...).

"¿Qué dice?", preguntó Apolinario, como si alguno de mis pensamientos me hubiera aflorado a los labios: "¿No le gusta?".

"¡Cómo se le ocurre, compañero!", repliqué, entusiasmado, y pensé de inmediato que el uso del "compañero" había sido una metida de pata. No pegaba para nada en ese recinto. Mi anfitrión, sin embargo, inmutable, me palmoteó en el antebrazo. Calma, parecía decir: no nos apura absolutamente nadie.

Engullimos después un revoltillo de ostras con salsa de tomate y tabasco, servido por un mexicano bigotudo, con sombrero de charro, que hablaba en una mezcolanza macarrónica de alemán y de castellano (...).

La mesa redonda había sido reemplazada, no sé en qué minuto, por el corte de un tronco de árbol, y las manos de Apolinario, dedos que se hacían la manicura con frecuencia, uñas esmaltadas, me sirvieron una humita auténtica, en su envoltorio de hojas de choclo recién sacadas del fuego.

"¡No puede ser!", protesté.

"¡No se olvide!", me advirtió él, muy risueño. "Todavía no hemos salido de los aperitivos..." (...)

"¿Y se podría saber quién es?"

"¡Sí!", exclamó Apolinario, con la más brillante de sus sonrisas. "¡Desde luego! ¡Usted!"

"¡Yo!"

Había estirado la mano para escoger una lengua de erizo y la detuve en el aire, estupefacto, quizá secretamente halagado, en cualquier caso incrédulo.

"¡Usted! ¡Faustino Joaquín Piedrabuena Ramírez!"

"Yo creí —dije— que ésta sería nuestra primera conversación seria."

"Y lo es —contestó Apolinario Canales—. La conversación más seria del mundo. ¿No ve que usted reúne, o tiene la posibilidad cierta de reunir, todas las condiciones que he descrito hace un momento?"

"A ver..."

Volví a dejarme caer en mi sillón. Recordé mi propósito, mi sensato propósito, de mantenerme lúcido. Era, en realidad, el único propósito sensato que podía plantearme. No me dejaría desconcertar, ni descentrar, ni envolver, ni sacar de quicio.

"Es muy simple. Basta con que usted firme un acuerdo conmigo, que me he permitido traer hasta aquí en borrador", y Apolinario, que ahora llevaba una cazadora con largos cierres oblicuos a los costados, abrió uno y sacó del amplio bolsillo, perfectamente adecuado para ese objeto, un legajo más o menos voluminoso de papeles. "Y yo, con el apoyo de mis servicios, que están muy bien instalados en este país, preparo su candidatura para la gran transición que se acerca."

"Eso es completamente absurdo —repliqué—. No entiendo cómo una persona inteligente y bien informada, y ése, sin duda, es el caso suyo, puede concebir planes tan descabellados. ¿Ya se olvidó mi pasado de comunista, mis años de exilio en Berlín del Este, donde sigo exiliado, por lo demás, a pesar de esta interrupción tan rara? Parecería, de repente, que me ha confundido con otra persona."

"¡Ahí está el punto!", exclamó Apolinario, sin dejar de sonreír, como si mis objeciones, pelos de la cola, hubieran sido perfectamente previstas. Se levantó con su acostumbrada agilidad y me acercó la bandeja de los canapés. Yo me dejé tentar por esa lengua de erizo fresca, viscosa, a la que le había echado el ojo un rato antes. Ya que entrábamos de frentón en el disparate, en el mundo al revés, era mejor viajar bien pertrechado.

"Su pasado lo inhabilita para la vida pública, ahora y durante un buen tiempo, y para lo que le propongo, ¡ni hablar! Pero ahí es donde intervengo yo, precisamente. ¡Con mis servicios especiales! Ponga el máximo de atención ahora en lo que le voy a decir. De acuerdo con este contrato, yo me quedo con su pasado. ¿Por qué? Porque me da la gana. Porque soy coleccionista de pasados, entre otras curiosidades. ¿No lo sabía usted?

"Observo —dice el otro— que usted reacciona como un niño. Con una falta de madurez que da lástima. Si todos tuvieran la actitud suya, si todos renunciaran al deber, al proyecto, a la ambición, como quiera que se llame, y se aferraran a su mezquina parcela, a los melancólicos materiales de su memoria, ¿se figura cómo andaría el mundo?" (...)

"¿Quiere que leamos en voz alta este borrador?", pregunta Apolinario, y comienza de inmediato, con su voz levemente extranjera: "En Santiago, a tanto y tanto, ante mí, etcétera, comparece Faustino Joaquín Piedrabuena Ramírez, etcétera, chileno, abogado, periodista especializado en temas culturales, nacido en Talca el..."

Faustino traga saliva. Pide con un gesto que por favor no continúe. ¿Es necesario, ahora, antes de un buen almuerzo, proceder a la lectura de ese mamotreto lleno de repeticiones y de terminachos jurídicos? (...)

"Firme aquí entonces", dice Apolinario.

"¿Y desde cuándo, explíqueme usted, hay que firmar los borradores? ¡Y antes de leerlos!"

"Cómo quiera." Apolinario Canales vuelve a guardar el legajo de papeles en un bolsillo de su cazadora: "El detalle no tiene la menor importancia. Viajaremos mañana temprano y la escritura pública estará para la firma a las cinco en punto de la tarde".

"¡Espérese!", suplica él: "No vaya tan rápido."

"Por ejemplo", tartamudea, "me gustaría mucho saber si recuperaré mi pasado algún día".

"Mientras dure nuestro pacto", responde Apolinario, con una voz que ahora se ha puesto neutra, "no".

"¿Y cuándo termina nuestro pacto?"

Apolinario junta las yemas de los dedos, balancea la pierna que está colocada encima de la otra, mira el techo. "Es un contrato de duración indefinida", dice.

"Entonces, aclárame otra cosa, por favor. ¿A mí me juzgarán por mi pasado verdadero, o por éste que me piensa inventar usted?"

"¿A qué juicio se refiere, querido amigo?"

"Bueno...", responde Faustino, consciente de estar arrinconado, inseguro: "Al juicio definitivo, se entiende."

Apolinario separa las yemas de los dedos. Lo mira con cara de burla:

"Y usted, ¿no es un militante comunista de toda la vida? ¿Desde cuándo creen sus camaradas en el Juicio Final, podría explicarme?"

"¡Déjese de tinterilladas!", chilla Faustino, exasperado: "Siempre habrá un juicio sobre las personas, hecho por Dios, por los hombres, por la Historia, por lo que sea. Y si ese juicio no se basa en el pasado de cada uno, ¿en qué diablos podrá basarse? ¡Contésteme usted!"

"Mire... Cuando usted firme la escritura pública, el juicio ya estará hecho. No habrá una letra que agregar, ni una coma que cambiar."

"Pues eso es lo que menos me gusta de su famoso pacto."

"¡Tranquilo! No se altere tanto. Usted es una persona demasiado quisquillosa. Ahora llamaremos al administrador, pediremos un buen almuerzo, y en la tarde lo acompañaré a comprar ropa nueva. Aquí hay una tienda muy buena, proveedora de los dueños de





EL ANFITRION

El anfitrión, la novela del escritor chileno Jorge Edwards que próximamente publicará Plaza y Janés, es la historia de Faustino Joaquín Piedrabuena, un exiliado chileno en Berlín Este. Las peripecias por las que tiene que atravesar no resultan tanto de su condición de refugiado político, sino de su encuentro fortuito con Apolinario Canales, un mefistofélico personaje que introducirá al protagonista de la novela en un mundo entre ominoso y kafkiano, donde el pasado pueda borrarse definitivamente. Lo que sigue es un extracto del libro.

Por Jorge Edwards

Mi nombre completo, para empezar, es Faustino Joaquín Piedrabuena Ramírez. Solían llamarme Tito, un sobrenombre que detesto, ahora más que nunca, y a veces me dicen Piedrabuena o Piedra, pero ya he conseguido que mis amigos me traten de Faustino a secas. Después del nombre civil, el nacimiento. Nací en Talca, a una cuadra de la plaza principal, en un caserón de tres patios, y pasé mi juventud y los años que se llaman de madurez en Santiago.

A raíz de los sucesos de setiembre del año '73, me tocó asilarme en Berlín del Este. Fue, en realidad, una decisión de mi partido, tomada entre gallos y medianoche, y yo, en mi condición de militante antiguo, razonablemente disciplinado, no tuve más remedio que acatarla (...).

Una hora más tarde bajaba yo de una camioneta, a vista y paciencia de dos carabineros armados hasta los dientes, cargaba un par de colchones, cruzaba por un jardín de pretensiones renacentistas, sintiendo que mi torpeza, mi cara congestionada, mis pasos vacilantes, me delataban a una legua de distancia, y entraba a salones que se habían transformado rápidamente en campamentos. Dejé caer los colchones un segundo antes de que las piernas se me doblaran, resoplando, y me hundí en un sillón, palpitante, con los ojos húmedos. Cuando me acuerdo, en mi exilio todavía me desplomo en ese sillón, todavía resoplo, todavía palpito. A todo esto, un italiano de la puerta me preguntaba algo, y un amigo que también se había refugiado ahí me reconocía y me abrazaba con fuerza, poniendo sus mejillas pegajosas contra las mías: "¡Viejito! ¡Faustinito! ¡Piedrita!".

Hubo que esperar el salvoconducto durante semanas y meses, en esos salones que habían sido versallescos, transformados ahora en antesalas del infierno, con sus colchones sucios, sus ceniceros repletos de colillas, sus colas para ocupar el baño, y al final de todo el recorrido, de todos los purgatorios, aterricé en Berlín. Berlín Oriental, se entiende (...).

A pesar de que ya habíamos quedado en juntarnos en ese café, Apolinario Canales insistió en esperarme en una estación del U-Bahn, junto a las puertas del último carro, a las once cuarenta y cinco en punto de la mañana del miércoles de la semana próxima.

Esa mañana, ¿hace cuántos días?, no muchos, en cualquier caso, aunque ahora parecen siglos, salí de compras, ordené un poco la casa, crucé la frontera sin dificultades, con la tramitación habitual para los que tenemos salvoconducto, viajé un trecho por la superficie y después hice conexión con el U-Bahn para llegar hasta el punto convenido (...).

"Perdone el atraso", tartamudeé, olvidando el tuteo de la conversación telefónica, y Apolinario Canales, con un gesto elegante, contestó que no tenía la menor importancia. Ya era mediodía, hora de echarse algo al buche, y él se proponía invitarme a un sitio donde se podían encontrar las mayores exquisiteces del mundo.

"Porque si ustedes vienen siempre con plata del otro lado —dijo, levemente burlón—, es difícil que hayan llegado hasta ahí. Y si no le gusta, pedimos una cosita para picar y nos vamos a otra parte."

"Cómo quiere que no me guste", murmuré, con una voz que se me había atragantado. "Allá sólo comemos a base de sauerkraut y de kartofellsalat, con alguna salchichita, alguna chuletita, algún bistequito caído a la olla..." (...).

Aquí, en cualquier caso, en esta catedral de los golosos, la sensación de abundancia, acentuada por la luz escasa y bien distribuida, era más extraña, más inquietante. Todo se repetía en pirámides, en profundos canastos y acumulaciones, en racimos. Miré para atrás y descubrí que encima de mi cabeza había una colección de mostazas de todos los tipos: amarillas, verdes, azulinas, doradas, encarnadas.

"¡Qué barbaridad!", exclamé, y seguí a mi anfitrión, que se había internado entre desfiladeros de frutos exóticos. Me invitó a sentarme frente a una mesa redonda y me ofreció un despliegue de canapés marinos, huevos de salmón, caviar ruso, arenques de diversas clases, acompañados por copitas de vodka recubiertas de una capa de hielo. Estaban ahí, dijo, nada más que para despertarnos el apetito (...).

"¿Qué dice?", preguntó Apolinario, como si alguno de mis pensamientos me hubiera aflorado a los labios: "¿No le gusta?"

"¡Cómo se le ocurre, compañero!", repliqué, entusiasmado, y pensé de inmediato que el uso del "compañero" había sido una metida de pata. No pegaba para nada en ese recinto. Mi anfitrión, sin embargo, inmutable, me palmoteó en el antebrazo. Calma, parecía decir: no nos apura absolutamente nadie.

Engullimos después un revoltillo de ostras con salsa de tomate y tabasco, servido por un mexicano bigotudo, con sombrero de charro, que hablaba en una mezcolanza macarrónica de alemán y de castellano (...).

La mesa redonda había sido reemplazada, no sé en qué minuto, por el corte de un tronco de árbol, y las manos de Apolinario, dedos que se hacían la manicura con frecuencia, uñas esmaltadas, me sirvieron una humita auténtica, en su envoltorio de hojas de choclo recién sacadas del fuego.

"¡No puede ser!", protesté.

"¡No se olvide!", me advirtió él, muy risueño. "Todavía no hemos salido de los aperitivos..." (...)

"¿Y se podría saber quién es?"

"¡Sí!", exclamó Apolinario, con la más brillante de sus sonrisas. "¡Desde luego! ¡Usted!"

"¡Yo!"

Había estirado la mano para escoger una lengua de erizo y la detuve en el aire, estupefacto, quizá secretamente halagado, en cualquier caso incrédulo:

"¡Usted! ¡Faustino Joaquín Piedrabuena Ramírez!"

"Yo creí —dije— que ésta sería nuestra primera conversación seria."

"Y lo es —contestó Apolinario Canales—. La conversación más seria del mundo. ¿No ve que usted reúne, o tiene la posibilidad cierta de reunir, todas las condiciones que he descrito hace un momento?"

"A ver..."

Volví a dejarme caer en mi sillón. Recordé mi propósito, mi sensato propósito, de mantenerme lúcido. Era, en realidad, el único propósito sensato que podía plantearme. No me dejaría desconcertar, ni descentrar, ni envolver, ni sacar de quicio.

"Es muy simple. Basta con que usted firme un acuerdo conmigo, que me he permitido traer hasta aquí en borrador", y Apolinario, que ahora llevaba una cazadora con largos cierres oblicuos a los costados, abrió uno y sacó del amplio bolsillo, perfectamente adecuado para ese objeto, un legajo más o menos voluminoso de papeles. "Y yo, con el apoyo de mis servicios, que están muy bien instalados en este país, preparo su candidatura para la gran transición que se acerca."

"Eso es completamente absurdo —repliqué—. No entiendo cómo una persona inteligente y bien informada, y ése, sin duda, es el caso suyo, puede concebir planes tan descabellados. ¿Ya se olvidó mi pasado de comunista, mis años de exilio en Berlín del Este, donde sigo exiliado, por lo demás, a pesar de esta interrupción tan rara? Parecería, de repente, que me ha confundido con otra persona."

"¡Ahí está el punto!", exclamó Apolinario, sin dejar de sonreír, como si mis objeciones, pelos de la cola, hubieran sido perfectamente previstas. Se levantó con su acostumbrada agilidad y me acercó la bandeja de los canapés. Yo me dejé tentar por esa lengua de erizo fresca, viscosa, a la que le había echado el ojo un rato antes. Ya que entrábamos de frentón en el disparate, en el mundo al revés, era mejor viajar bien pertrechado.

"Su pasado lo inhabilita para la vida pública, ahora y durante un buen tiempo, y para lo que le propongo, ¡ni hablar! Pero ahí es donde intervengo yo, precisamente. ¡Con mis servicios especiales! Ponga el máximo de atención ahora en lo que le voy a decir. De acuerdo con este contrato, yo me quedo con su pasado. ¿Por qué? Porque me da la gana. Porque soy coleccionista de pasados, entre otras curiosidades. ¿No lo sabía usted?

"Observo —dice el otro— que usted reacciona como un niño. Con una falta de madurez que da lástima. Si todos tuvieran la actitud suya, si todos renunciaran al deber, al proyecto, a la ambición, como quiera que se llame, y se aferraran a su mezquina parcela, a los melancólicos materiales de su memoria, ¿se figura cómo andaría el mundo?" (...)

"¿Quiere que leamos en voz alta este borrador?", pregunta Apolinario, y comienza de inmediato, con su voz levemente extranjera: "En Santiago, a tanto y tanto, ante mí, etcétera, comparece Faustino Joaquín Piedrabuena Ramírez, etcétera, chileno, abogado, periodista especializado en temas culturales, nacido en Talca el..."

Faustino traga saliva. Pide con un gesto que por favor no continúe. ¿Es necesario, ahora, antes de un buen almuerzo, proceder a la lectura de ese mamotreto lleno de repeticiones y de terminachos jurídicos? (...)

"Firme aquí entonces", dice Apolinario.

"¿Y desde cuándo, explíqueme usted, hay que firmar los borradores? ¡Y antes de leerlos!"

"Cómo quiera." Apolinario Canales vuelve a guardar el legajo de papeles en un bolsillo de su cazadora: "El detalle no tiene la menor importancia. Viajaremos mañana temprano y la escritura pública estará para la firma a las cinco en punto de la tarde".

"¡Espérese!", suplica él: "No vaya tan rápido."

"Por ejemplo", tartamudea, "me gustaría mucho saber si recuperaré mi pasado algún día".

"Mientras dure nuestro pacto", responde Apolinario, con una voz que ahora se ha puesto neutra, "no".

"¿Y cuándo termina nuestro pacto?"

Apolinario junta las yemas de los dedos, balancea la pierna que está colocada encima de la otra, mira el techo. "Es un contrato de duración indefinida", dice.

"Entonces, aclláreme otra cosa, por favor. ¿A mí me juzgarán por mi pasado verdadero, o por éste que me piensa inventar usted?"

"¿A qué juicio se refiere, querido amigo?"

"Bueno...", responde Faustino, consciente de estar arrinconado, inseguro: "Al juicio definitivo, se entiende."

Apolinario separa las yemas de los dedos. Lo mira con cara de burla:

"Y usted, ¿no es un militante comunista de toda la vida? ¿Desde cuándo creen sus camaradas en el Juicio Final, podría explicarme?"

"¡Déjese de tinterilladas!", chilla Faustino, exasperado: "Siempre habrá un juicio sobre las personas, hecho por Dios, por los hombres, por la Historia, por lo que sea. Y si ese juicio no se basa en el pasado de cada uno, ¿en qué diablos podrá basarse? ¡Contésteme usted!"

"Mire... Cuando usted firme la escritura pública, el juicio ya estará hecho. No habrá una letra que agregar, ni una coma que cambiar."

"Pues eso es lo que menos me gusta de su famoso pacto."

"¡Tranquilo! No se altere tanto. Usted es una persona demasiado quisquillosa. Ahora llamaremos al administrador, pediremos un buen almuerzo, y en la tarde lo acompañaré a comprar ropa nueva. Aquí hay una tienda muy buena, proveedora de los dueños de fundo, de los huasos ricos. Y mañana será otro día..."

"Y sigo sin estar nada convencido. A veces sospecho que habría sido mucho mejor no haberme encontrado con usted en ese café del Kudam."

"¿¡Mejor!? Seguiría encerrado en su covacha miserable, empatando el tiempo, perdiendo la vida gota a gota. Y ahora, en cambio, se le abren unas posibilidades que no tiene nadie. Que sus amigos, sus compañeros de exilio, sus compinches, ni siquiera sueñan. ¿Por qué no piensa un poco? Podemos, entre los dos, convertir este paisito en Jauja. Imagínese, solamente, con lo aficionado al arte que es usted, las temporadas de conciertos que podría patrocinar, las escuelas de teatro, los talleres de poesía... Los blasones de sus antepasados talquinos, esos blasones que lo enorgullecen en secreto, a pesar de tanta militancia, quedarían pálidos al lado de los que usted podría conquistar por sus méritos propios. ¡Con ayuda mía, se entiende! Pero eso la gente, el vulgo, no tiene por qué suponerlo... ¿Y sabe quiénes lo aplaudirían primero que nadie?"

"¿Quiénes?"

"¿Quiénes van a ser? Sus camaradas de partido, naturalmente. Al fin y al cabo, no sólo empezarían a salir de la sombra, sino que tendrían un Santo Mayor en la Corte."

"Pero no sabrían que ese Santo Mayor soy yo, el Faustino Joaquín que ellos conocieron naranjo."

"¡Y qué importa! Usted, como caballero que es, leal a ese pasado que dejó de ser pasado, les dará una manita con disimulo, ¿no es así? Y ellos, ¡qué mejor se querrían! ¡Estarían dispuestos a levantarle una estatua!"

Faustino Joaquín Piedrabuena sólo atina a lanzar un hondo suspiro, como si la dialéctica de su anfitrión lo dejara exhausto.

"¿Qué le parecería ahora", prosigue Apolinario, que sabe golpear sobre caliente, "que nos comiéramos, de entrada, un magnífico caldillo de congrio, acompañado de un vino blanco de varias estrellas?"

"Usted siempre me propina golpes bajos", protesta él, sobándose la panza, sintiendo que le flaquean las piernas, y que sus ideas, tan claras en un comienzo, tan defendidas, naufragan de pronto en mares de confusiones, en remolinos de aguas vertiginosas, marcadamente rubias. (...)

Pallini



fundo, de los huasos ricos. Y mañana será otro día..."

"Y sigo sin estar nada convencido. A veces sospecho que habría sido mucho mejor no haberme encontrado con usted en ese café del Kudam."

"¿¡Mejor!? Seguiría encerrado en su covacha miserable, empatando el tiempo, perdiendo la vida gota a gota. Y ahora, en cambio, se le abren unas posibilidades que no tiene nadie. Que sus amigos, sus compañeros de exilio, sus compinches, ni siquiera sueñan. ¿Por qué no piensa un poco? Podemos, entre los dos, convertir este paisito en Jauja. Imagínese, solamente, con lo aficionado al arte que es usted, las temporadas de conciertos que podría patrocinar, las escuelas de teatro, los talleres de poesía... Los blasones de sus antepasados talquinos, esos blasones que lo enorgullecen en secreto, a pesar de tanta militancia, quedarían pálidos al lado de los que usted podría conquistar por sus méritos propios. ¡Con ayuda mía, se entiende! Pero eso la gente, el vulgo, no tiene por qué suponerlo... ¿Y sabe quiénes lo aplaudirían primero que nadie?"

"¿Quiénes?"

"¿Quiénes van a ser? Sus camaradas de partido, naturalmente. Al fin y al cabo, no sólo empezarían a salir de la sombra, sino que tendrían un Santo Mayor en la Corte."

"Pero no sabrían que ese Santo Mayor soy yo, el Faustino Joaquín que ellos conocieron naranjo."

"¡Y qué importa! Usted, como caballero que es, leal a ese pasado que dejó de ser pasado, les dará una manita con disimulo, ¿no es así? Y ellos, ¡qué mejor se querrían! ¡Estarían dispuestos a levantarle una estatua!"

Faustino Joaquín Piedrabuena sólo atina a lanzar un hondo suspiro, como si la dialéctica de su anfitrión lo dejara exhausto.

"¿Qué le parecería ahora", prosigue Apolinario, que sabe golpear sobre caliente, "que nos comiéramos, de entrada, un magnífico caldillo de congrio, acompañado de un vino blanco de varias estrellas?"

"Usted siempre me propina golpes bajos", protesta él, sobándose la panza, sintiendo que le flaquean las piernas, y que sus ideas, tan claras en un comienzo, tan defendidas, naufragan de pronto en mares de confusiones, en remolinos de aguas vertiginosas, marcadamente rubias. (...)

MARIO LEVRERO

Para Alicia.
Con mi agradecimiento a los aportes de Osvaldo Soriano y Walter Güinle.
M.L.

LA BANDA DEL CIEMPIES

3. El origen de los problemas con los chinos



El jefe de policía Smithe Andrews no había sido tomado por completo desprevenido; pensando que tarde o temprano su persona habría de ser objeto de alguna clase de atentado por parte de integrantes de una u otra de las innumerables bandas criminales que azotaban al país, había tenido la precaución de instalar un complejo sistema de alarmas en su domicilio y en el resto del edificio, y aun en edificios vecinos; y una cantidad de funcionarios, alertas a dichas alarmas, estaba apostada en ~~las~~ ~~inmediaciones~~; así, mientras su cuerpo caía desde el piso decimonono, todo un vasto operativo se puso automáticamente en marcha: un poderoso tejido de malla pudo recogerlo en su caída a la altura del piso octavo y salvar su vida, al tiempo que varios coches patrulla rodeaban la manzana y varios contingentes armados brotaban de distintos apartamentos del edificio y ocupaban lugares estratégicos, cortando las vías de escape, incluso en la azotea.

Mientras caía, el jefe Andrews tuvo una idea, una especie de iluminación: "El muñeco que semeja un ciempiés o una escolopendra", pensaba, "se parece notablemente a esos muñecos que semejan dragones y que fabrican los chinos para carnaval o cualquiera que sea su maldito festejo pagano. Es probable, muy probable, que esta Banda del Ciempiés sea de inspiración china. Ordenaré de inmediato una redada por el Barrio Chino y por los lugares que suelen frecuentar los chinos".

Y así lo hizo. Después de que su magullado cuerpo rebotara varias veces contra la elástica red, rompiéndole algunas costillas, la red fue entrada nuevamente por la ventana mediante el mecanismo automático que con tanta precisión la había hecho salir afuera, y varios de sus hombres le prestaron auxilio. Sus primeras palabras dirigidas a ellos fueron unas instrucciones muy detalladas para que ya mismo se pusiera en marcha la redada de chinos; estas órdenes fueron transmitidas a la central y en pocos minutos tanto el Barrio Chino como otros lugares que figuraban en los archivos policiales como pasibles de ser frecuentados por chinos, fueron invadidos por nutridos contingentes de servidores públicos. El jefe fue llevado en ambulancia a un sanatorio, a pesar de sus protestas; él quería volver a su despacho para dirigir personalmente toda la serie de delicados operativos, pero finalmente fue persuadido de atender primero a su estado físico. En la ambulancia, el médico que viajaba a su lado le aplicó una inyección, según sus palabras (del médico), sedante y analgésica.

Angus McCoy, el ayudante del detective Carmody Trailler, que había salido en persecución de los raptores de la pequeña vendedora de violetas, comprobó que el vehículo de los maleantes se detenía ante una casa de miserable aspecto situada en uno de los barrios marginales más miserables de la ciudad; detuvo su coche a una prudente distancia y buscó un teléfono desde el cual dar cuenta de la situación y pedir instrucciones a su jefe, Carmody Trailler. Halló el teléfono público en un cafetín a pocos metros de allí; pero ese teléfono estaba ocupado y había dos o tres personas esperando turno para hablar antes que él. Angus vivió unos momentos de gran inquietud, sin osar exigir al dueño del cafetín que le permitiera usar el teléfono que tenía sin duda oculto detrás del mostrador, pues desconfiaba de las gentes de ese barrio y si exhibía sus documentos para dar énfasis a su exigencia tenía la certeza de que su identidad sería de inmediato divulgada y llegaría a oídos de los raptores, de modo que consiguieran alejarse del lugar o bien atacarlo antes de que su jefe Carmody pudiera ser avisado. Por otra parte, los usuarios momentáneos del teléfono público demoraban en sus conversaciones, lo que a Angus le parecía un tiempo infinito. Cada segundo de demora multiplicaba los riesgos que corría la pequeña vendedora de violetas. Angus pensó en entrar él solo a aquella casa, pero le pareció una acción temeraria; si él, Angus, era puesto fuera de combate, ya no quedaría ninguna esperanza para la pobre niña.

(Próximo episodio: "Una mujer misteriosa").

JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Las chicas de Bond

Hace unos veinticinco años, un nuevo personaje surgía a la fama: James Bond, con sus mitos, sus armas y sus chicas. Con las pistas que le damos, usted podrá deducir qué actrices representaron a las "chicas de Bond", en qué años y en qué películas.

1. **Ursula Andress trabajó en *Dr. No*, pero no hizo el papel de Pussy Galore.**
2. **Lotte Lenya hizo de Rose Kleeb, un año antes de que se filmara *Dedos de Oro*.**
3. **Jane Seymour, que no hizo de Anya Amasova, filmó su personaje en 1973.**
4. **Solitaria no era un personaje de De Rusia con amour ni de *Dedos de Oro*.**
5. **Anya Amasova era el nombre de *La espía que me amó*, pero no la interpretó Honore Blackham.**
6. **Honey Sue fue la primera chica Bond de la historia.**
7. ***Vivir y dejar morir* no es de 1963.**

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		PELICULA					PERSONAJE					AÑO				
		Dedos de oro	De Rusia...	Dr. No	La espía...	Vivir...	Anya	Honey	Pussy	Rose	Solitaria	1962	1963	1964	1973	1977
ACTRIZ	Ursula Andress															
	Barbara Bach															
	Honore Blackham															
	Lotte Lenya															
	Jane Seymour															
AÑO	1962															
	1963															
	1964															
	1973															
	1977															
PERSONAJE	Anya Amasova															
	Honey Sue															
	Pussy Galore															
	Rose Kleeb															
	Solitaria															

ACTRIZ	PELICULA	PERSONAJE	AÑO

SOPA DE LENGUAS

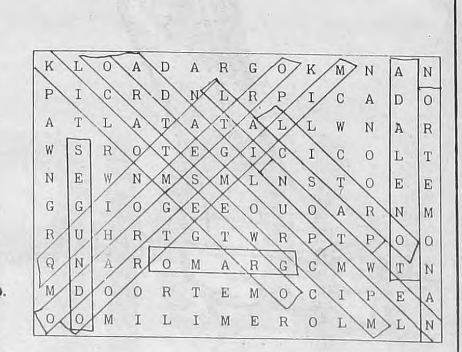
Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ARABE
ARAMEO
BABLE
CASTELLANO
CATALAN
ETRUSCO
EUSQUERO
FLAMENCO
GAELICO
GALLEGO
GRIEGO
HEBREO
LATIN
ROMANCE
SANSCRITO

L	R	A	N	C	F	E	S	I	O	L	A	R	H
G	R	I	E	G	O	L	N	N	E	R	E	U	E
E	E	O	G	E	L	L	A	G	A	L	O	C	B
R	O	R	N	F	E	L	A	M	B	S	N	S	R
N	C	E	N	G	L	M	E	A	E	A	C	A	E
A	I	U	I	E	U	O	B	O	M	N	A	T	O
M	L	Q	T	E	N	A	R	O	G	O	C	E	L
G	E	S	A	N	S	C	R	I	T	O	R	O	P
S	A	U	L	I	R	C	A	T	A	L	A	N	U
C	G	E	O	G	O	C	S	U	R	T	E	S	M

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO
Adela, 17, árbol, tercero.
Beatriz, 16, payaso, cuarto.
Carlos, 19, unicornio, primero.
Darío, 18, conejo, quinto.
Ernesto, 20, indio, segundo.



K	L	O	A	D	A	R	G	O	K	M	N	A	N
P	I	C	R	D	N	L	R	P	I	C	A	D	O
A	T	L	A	T	A	T	A	L	L	W	N	A	R
W	S	R	O	T	E	G	I	C	I	C	O	L	T
N	E	W	N	M	S	M	L	N	S	T	O	E	E
G	G	I	O	G	E	E	O	U	O	A	R	N	M
R	U	H	R	T	G	T	W	R	P	T	P	O	O
Q	N	A	R	O	M	A	R	G	C	M	W	T	N
M	D	O	O	R	T	E	M	O	C	I	P	E	A
O	O	M	I	L	I	M	E	R	O	L	M	L	N